

larguísima calle, en la cual discurrían sin cesar soldados y oficiales de todas graduaciones, y esa multitud de gente aventurera que acompaña siempre á los ejércitos. Pero escaseaba mucho el rancho de la tropa: las pocas vivanderas que había, vendían instantáneamente sus malos comestibles, sin satisfacer el hambre de los que llegaban un poco tarde á sus figones: el agua que conducían las mulas en barriles desde el fondo de la barranca, se obtenía con mucha dificultad, y el sol reverberante de aquellos climas, excitaba una sed abrasadora, que los soldados apagaban chupando pencas de maguey, lo que les ocasionaba graves enfermedades; y por último, multitud de insectos, casi imperceptibles, mantenían la sangre en una perpetua irritación, y aun llagaban los cuerpos de aquellos en quienes se cebaban.

El ejército enemigo había acampado sobre el camino, frente á nuestras posiciones de la derecha, como á tres cuartos de legua de distancia. El día 11, una de sus guerrillas, que salían á practicar reconocimientos, tuvo un encuentro con una avanzada nuestra, en el que perdimos tres soldados, y de los americanos, según se ha sabido después, resultó herido un oficial. Todos los días siguientes se esperaba con impaciencia el ataque. El general Santa-Anna al amanecer montaba á caballo, y acompañado de su Estado mayor recorría la línea, ocupándose con mucha materialidad de los desmontes y construcción de barracas para la tropa, y cerca del medio día regresaba al cuartel general, volviendo á montar en la tarde, hasta la oración de la noche que se retiraba á su habitación, donde acompañado de algunos de sus ayudantes y de los principales jefes del ejército, se le servía la comida, mientras que á veces una música militar, colocada por fuera, ejecutaba sonatas escogidas.

Se vanagloriaba entonces de haber detenido la marcha triunfal del enemigo; y halagado por su fortuna, que, abandonándolo un instante el año de 1844, le había vuelto á sonreír desde su llegada á la República en 1846, se entregaba á ilusiones fatales, que originaron quizá sus faltas de previsión. Enteramente fascinado, despreciaba aun la voz de la ciencia, exigía la humillación de los que le rodeaban, y era inaccesible á la razón y á la ingenuidad. Faltos de entereza también algunos de nuestros jefes, se limitaban á censurar su conducta en corrillos, sin tener toda la energía necesaria para disuadirlo de sus errores. Nosotros oímos á alguno envanecerse, después de que había recorrido nuestra línea por la primera vez, de haber observado defectos importantes en la combinación general de la defensa, que sólo exponía entre sus amigos, presagiando una desgracia inevitable.

El enemigo permanecía acampado frente á nuestras posiciones, sin emprender el ataque tan deseado por nuestro ejército, que se cansaba delante de aquella perspectiva de victoria ó de muerte. Sus sufrimientos hacían más violenta su situación, y aumentaban más y más su ansiedad por el combate.

Y para el que por primera vez se hallaba en medio de un ejército frente al enemigo, en circunstancias tan solennes para la patria, viendo por fin al soldado en el ejercicio de su misión caballerescas, y participando de su miseria y de su aislamiento; para quien contemplaba desde allí un pueblo entero indolentemente abandonado á la suerte de aquel puñado de hombres, y leía como en un libro una de las páginas más notables de nuestra historia; para el que, en fin, sentía aplicado sobre aquellos campos el lente del mundo y de los siglos, aquella situación tan nueva, tan grandiosa, era como la realización de un sueño de la fantasía.

El general Santa-Anna, más impaciente acaso que ninguno, deseando provocar algún movimiento del enemigo y tener algunas noticias del estado en que se hallaban las fuerzas contrarias, así como de su número, dispuso en la noche del 14, que al día siguiente saliese la caballería al mando del general Canalizo á hacer un re-

conocimiento sobre el campamento americano, sin comprometer acción decisiva, y procurando sobre todo hacer algunos prisioneros, para interrogarlos sobre lo que se deseaba saber. D. Angel Trias, gobernador de Chihuahua, que había venido desde su Estado después de la lamentable jornada del Sacramento á implorar auxilios contra la invasión, y lleno de generoso entusiasmo había querido tomar parte en la lucha que se preparaba, fué nombrado por el general en jefe para que acompañase aquella expedición é interrogase por sí mismo á los prisioneros que se capturasen.

El día 15 al amanecer llegó de Corral Falso la caballería, cuya fuerza la componían los regimientos 5º, 9º, Morelia y Coraceros, y los escuadrones de Jalapa, Húares, Chalchicomula y Orizaba; y poco después de salido el sol, el mismo general en jefe la puso en marcha, haciendo que desfilase á retaguardia de nuestro campo, caminando por una vereda escabrosa que descendía al río del Plan, para que encumbrando en seguida á la altura opuesta, fuese por detrás de ella á sorprender al enemigo por su izquierda. Después que hubo marchado esta fuerza, el general Santa-Anna, dirigiéndose á nuestra última posición de la derecha, único punto desde el cual se descubría el campamento americano, fué á esperar allí el resultado del movimiento emprendido. Entonces se presentaron sobre la misma loma por donde debía aparecer nuestra caballería algunas guerrillas enemigas, y así el general como los que lo acompañaban, ansiaban el momento en que encontrándolas nuestras fuerzas, las destrozasen sin que pudiera escapar acaso ni un soldado. Pero se esperó en vano largo tiempo, hasta que impaciente el general, y deseando causar algunos daños á aquellas guerrillas, mandó dispararles algunos tiros de cañón, que sin embargo de no alcanzar quizá á la distancia que se hallaban, las hicieron dispersarse y desaparecer, no sin haber disparado antes sus rifles algunos de los tiradores sobre nuestro flanco derecho.

Poco después de haber vuelto el general Santa-Anna al cuartel general, el coronel Codallos, ayudante de S. E., que había sido mandado á alcanzar la caballería con un orden para el general Canalizo, volvió lleno de fatiga diciendo que había tenido que hacer un esfuerzo extraordinario para cumplir su comisión, por lo impracticable que era la senda que había tenido que seguir aquella fuerza, llegando las dificultades al extremo de que en los desfiladeros habíamos perdido ya dos ó tres dragones, que despeñándose con todo y caballo habían ido á perecer al fondo del precipicio. En consecuencia, el general en jefe desistió de aquel movimiento, y la caballería regresó por las lomas á Corral Falso, adonde llegó á la oración de la noche con la caballada en el estado de mayor quebranto.

No habiendo emprendido movimiento alguno el enemigo el 16, comenzaba ya á dudarse de sus intenciones, y aun llegó á concebirse la idea de que intimidado por la oposición de nuestro ejército no se resolvería á dar el ataque, y se retiraría á esperar refuerzos de los Estados Unidos. Se sabía también por dos prisioneros, que la peste hacía mucho estrago en las tropas americanas, lo que agravaba más su situación. Pero por fin el 17 al medio día, habiendo salido el general Alcorta á hacer un reconocimiento por el cerro de la Atalaya, encontró una parte de las fuerzas enemigas, las que batió en retirada con una avanzada nuestra, entre tanto que el 3º de infantería, que guarnecía el Telégrafo, descendía á protegerlo. El general Santa Anna acudió allí inmediatamente, haciendo subir á algunos cuerpos después de haber mandado que sobre el camino formase la columna de reserva: situó en la falda del Telégrafo á los batallones ligeros en varias líneas, escalonadas en el centro de aquella posición, al 4º de línea hacia la izquierda, que era por donde cargaba con más tenacidad el enemigo, y en la cumbre sobre los parapetos quedó una parte del 3º de línea

y el 11º de infantería. El 6º de infantería acudió á la derecha por orden del general Vega, impidiendo con sus fuegos que la posición fuese envuelta. Un fuego vivísimo se sostenía por ambas partes, y los empujes de los americanos sobre nuestras líneas eran rechazados con el mayor vigor. La presencia del general Santa-Anna, que sobre la misma cumbre del cerro, acompañado de su Estado mayor ordenaba la acción, animaba á las tropas: los alegres vivas á la República, á la Independencia y al general en jefe, en que prorumpían los que acompañaban á S. E., excitaban en ellas un vivo entusiasmo. Nuestros soldados afrontaban la muerte con denuedo, la desafiaban y resplandecía en sus frentes el júbilo de la victoria. La batería de la cumbre, mandada por el teniente Olzinger, jugaba diestramente, haciendo mucho estrago sobre los americanos, que divididos en tres secciones, cargaban sobre la izquierda, centro y derecha de la posición, consiguiendo avanzar más por la izquierda; pero sin lograr nunca una ventaja decidida. Resistidos en este último punto por el 4º de línea, hacían sobre él un fuego terrible, que puso fuera de combate multitud de soldados y oficiales de este cuerpo. En los demás puntos se les resistía con el mismo esfuerzo; y prolongándose de hora en hora aquella lucha, terminó al fin, porque rechazados los enemigos por todas partes se retiraron algunos al mismo cerro de la Atalaya, y los demás se internaron en las boscosas cañadas que se descubrían á la izquierda de nuestras posiciones.

Como á las cinco de la tarde, las dianas, las músicas y los vivos más entusiastas, difundían por nuestro campo un regocijo universal. Más de doscientos hombres que perecieron ó quedaron heridos esa tarde, cayeron sobre un campo que por sus esfuerzos perteneció un día más á la República. Los cadáveres de aquellos desgraciados fueron enterrados en la noche, y los heridos se enviaron á Jalapa en varios carros, cuyo movimiento hacía más agudos sus dolores. Los cuerpos que habían sostenido la acción se retiraron á sus campamentos respectivos, á excepción del 4º de infantería, 1º y 2º ligeros que reforzaron esa noche la guarnición del cerro. Un extraordinario partió inmediatamente para México con la noticia del buen éxito de nuestras armas en aquella tarde. En la noche fué general en todo el ejército el convencimiento de que el enemigo emprendería su ataque por la izquierda, supuesto el reconocimiento que acababa de practicar; y es muy notable la observación de que nuestra resistencia fué mayor cuando el mismo enemigo sólo trataba de medirla, que cuando se propuso decididamente vencerla.

El mismo día 17 había llegado á Jalapa la brigada del general Arteaga, compuesta de los batallones activos y de Guardia Nacional de Puebla; y apenas acababa de alojarse en los cuarteles, cuando llegó el orden del general Santa-Anna para que inmediatamente se pusiese en marcha para Cerro Gordo. Sin tomar descanso alguno de la jornada que acababan de rendir, aquellos infelices soldados continuaron su camino, y en la noche llegaron la mayor parte de ellos á Dos Ríos, dejando atrás varias partidas que no pudieron resistir al cansancio. Al día siguiente, en momentos bien críticos por cierto, llegó la brigada reunida á Cerro Gordo.

No obstante de que, al parecer, el general Santa-Anna fijaba toda su atención en las posiciones de la derecha, por donde regularmente esperaba el ataque decisivo, aleccionado tal vez con lo que acababa de pasar, esa noche hizo subir al cerro dos piezas de á doce y una de á diez y seis, la que no llegó sino hasta media falda por la parte de la izquierda: ordenó á los jefes de ingenieros Robles y Cano, hiciesen en el mismo cerro las fortificaciones más urgentes; y el día siguiente, antes de la madrugada, situó él mismo una batería á la orilla del camino, casi delante del cuartel general frente á la boca de una boscosa barranca. Los americanos, durante la noche, establecieron también una batería en el cerro de la Ata-

laya, y sus preparativos de ataque para el próximo día fueron solamente interrumpidos por algunos cañonazos que mandó disparar sobre ellos el general Vázquez, comandante del cerro del Telégrafo.

Al amanecer el 18, el estruendo del cañón enemigo resonó en aquellos campos como anuncio solemne de la batalla. Sobre el cerro mismo donde los bravos insurgentes habían en otro tiempo derramado su sangre por la Independencia, flameaba nuestro pabellón; y bajo su sombra, desde aquella altura, se descubría una línea de hombres que debía servir de muro contra el invasor. Entre las filas, los diversos rangos y distintivos del ejército, desde el soldado hasta el general en jefe, condecorado también entonces con la suprema dignidad nacional, aparecían en aquellos momentos con todo el prestigio, con todo el brillo que las ilusiones del patriotismo les concedieron.

El enemigo, sirviéndose de la batería de la Atalaya, rompió desde aquellas horas sus fuegos sobre el Telégrafo, de donde fueron contestados por nuestra parte. El general Santa-Anna se ocupaba entonces de acabar de situar la batería de la orilla del camino; y los ingenieros Robles y Cano bajo los fuegos enemigos construían obras pasajeras en la falda del mismo Telégrafo, en el propio sitio donde habían formado la tarde anterior los cuerpos que defendieron el centro de la posición.

Sobre las posiciones de la derecha y el centro de nuestra línea se hallaban las mismas fuerzas que desde antes las guarnecían: sobre el cerro se hizo subir al 1º y 2º ligeros que habían bajado en la madrugada á tomar su rancho: el 6º de infantería volvió á cubrir la derecha. El 4º de línea quedó situado donde mismo se había defendido tan intrépidamente el día 17. La caballería, que se hizo venir de Corral Falso en la noche, formó sobre el camino, apoyando su derecha frente á la batería que se acababa de establecer, y que estaba sostenida por el 11º de infantería; y los batallones 3º y 4º ligeros permanecieron formados también en el camino, dispuestos para marchar al punto que se les señalase.

Tal era la disposición de nuestra fuerza antes de la salida del sol, á cuyo tiempo el cañoneo fué siendo más y más vivo entre los dos cerros, hasta llegar á repetirse el estruendo instantáneo por instante. El enemigo arrojaba sin cesar granadas, cohetes y toda clase de proyectiles, que caían sobre el cerro, sobre el camino, y aun mucho más allá de nuestro campo. Sus columnas avanzaban entre tanto por detrás de la Atalaya por las escabrosidades del frente de nuestra izquierda; y cerca de las siete de la mañana emprendió una de ellas, al mando del general Twigs, el ataque sobre el Telégrafo.

El general Santa-Anna, luego que estableció la batería de la izquierda, se dirigió á las posiciones de la derecha, movido acaso de su primera idea; pero deteniéndose después de haber pasado la batería del centro, y observando desde allí la viveza con que se sostenía el cañoneo por nuestra parte, mandó orden al general Vázquez para que no desperdiciase el parque, y para que abrigase la tropa de los fuegos enemigos. Regresando en seguida por el camino, al llegar al pie del Telégrafo, se rompió entonces el fuego de fusilería, é inmediatamente hizo subir á los batallones 3º y 4º ligeros en auxilio de las fuerzas que defendían aquel punto.

Los americanos cargaban decididamente, dispersándose en tiradores, ocultándose tras de los arbustos y maleza que cubrían el terreno, sobre las talas apenas indicadas que se habían tratado de construir esa mañana, sostenidas por el 3º de línea, 2º ligero y parte del 4º: hacían empujes igualmente esforzados sobre la izquierda del Telégrafo defendida por el 4º de línea, y sobre la derecha, donde el 6º de infantería se situó, como la tarde anterior, para rechazarlos. La artillería de una y otra parte había cesado de obrar por la proximidad á que se hallaban los combatientes: el fuego de la fusilería era tan vivo como

el ardor de la pelea: la muerte, agitando sus alas sobre aquel campo ensangrentado, incendiado en algunos puntos por los proyectiles enemigos, se mecía horriblemente sobre la espesa humareda que envolvía á millares de hombres encarnizados en la lucha: nuestros soldados caían á montones en medio de aquella confusión, y los enemigos, cayendo también, eran instantáneamente reemplazados por otros que parecían reproducirlos. Entonces parecía dignamente el coronel Palacios, comandante de la artillería del cerro, herido por las balas enemigas; entonces la fama de los guerreros coronaba la carrera del general Vázquez en la plenitud de su ejercicio, con una muerte gloriosa en medio del estruendo de las armas; entonces centenares de valientes derramaban su sangre por la más santa de las causas. Muerto aquel general, debía reemplazarlo su segundo el general Uraga, pero éste se hallaba á la cabeza de su batallón, el 4.º de línea, en la falda izquierda del Telégrafo: y no habiendo momento que perder, tomó el mando el general Baneneli, cuyo cuerpo, el 3.º ligero, había permanecido como de reserva, cubierto de los fuegos con la misma cima del cerro. La viveza del combate, redoblándose más y más, hacía caer nuevas víctimas: el 2.º ligero y el 3.º y 4.º de línea habían perdido casi toda su fuerza, y aun el último la mayor parte de su oficialidad: los enemigos, sobrepujando con el mayor número los esfuerzos de los nuestros, se apoderaban sucesivamente de las obras bajas de la posición, y sin perder un instante, ascendían rápidamente á asaltar la última de la cumbre.

Algunos de nuestros soldados comenzaban ya á abandonar sus filas, y descendían por la parte opuesta, tratando de confundirse con los heridos que se retiraban; pero advirtiéndolo el general Santa-Anna, para impedir aquel desorden mandó algunos de sus ayudantes, quienes por la fuerza y por el estímulo del entusiasmo consiguieron que volviesen á subir los fugitivos.

Entre tanto, el general Baneneli apelaba al último recurso, mandando calar bayoneta á sus soldados, que ufanos de tomar por fin parte en un combate que sólo habían escuchado, hicieron esta operación levantándose llenos de brío para acudir adonde se les llamaba; pero sorprendidos de encontrarse desde luego brazo á brazo con el enemigo, tan superior en número, rodeados por todas partes, aterrorizados instantáneamente, se desordenaron en este momento, y en vano su jefe apuró todos los esfuerzos para contenerlos. Envueltos, él mismo, los jefes de ingenieros y otros oficiales que con espada en mano trataban de ordenarlos, rodaron materialmente por la pendiente opuesta del cerro, atropellados por la multitud que, como un torrente, se despeñaba desde la altura.

Sobre la cumbre del cerro se veía entonces, en medio de una columna de humo denso, una multitud de americanos, circundados de la roja luz de sus fuegos dirigidos sobre la enorme masa de hombres que se precipitaba por la pendiente, cubriéndola como de una capa blanca por el color de sus vestidos. Era aquel horrible espectáculo como la erupción violenta de un volcán, arrojando lavas y cenizas de su seno y derramándolas sobre su superficie.

Entre el humo y el fuego, sobre la faja azul que formaban los americanos al rededor de la cima del Telégrafo, flameaba aún nuestro pabellón abandonado. Pero bien pronto, en la misma asta, por la parte opuesta, se elevó el pabellón de las estrellas, y por un instante flotaron entrambos confundidos, cayendo por fin el nuestro desprendido con violencia entre la algazara y el estruendo de las armas de los vencedores, y los ayes lastimeros y la grito confusa de los vencidos. Eran los tres cuartos para las diez de la mañana.

Por la parte de la derecha de nuestra línea el enemigo se había presentado durante el ataque del Telégrafo, y avanzando en columna sobre la posición del centro, in-

tentaba asaltarla para hacerse á la vez dueño de todos nuestros atrincheramientos. El capitán de navío Godínez, comandante de artillería, había convenido con los comandantes respectivos de las tres posiciones, en dejar que avanzasen los enemigos sobre cualquiera de ellas, sin hacerles fuego sino hasta que estuviesen á muy corta distancia, teniendo á prevención las piezas cargadas con metralla. La columna americana, compuesta de los voluntarios al mando del general Pilow, se aproximaba más y más sin que de nuestras líneas saliese un solo tiro; pero no bien estuvo á distancia conveniente, cuando una descarga cerrada de nuestras piezas, que cruzaban sus fuegos en aquel punto, acompañada de un vivo fuego de fusilería de las tres posiciones, haciendo un estrago horrible en los enemigos los desordenó, y los obligó á huir apresuradamente.

Antes de que pudiesen reorganizarse, y cuando nuestros soldados no habían sufrido el más leve daño, el Telégrafo había sucumbido; y los americanos, que se habían apoderado de él descendiendo por su falda derecha sobre la batería del camino de que no llegaron á hacer uso nuestras fuerzas, cortaron enteramente aquellas posiciones, que quedaron envueltas por todas partes y dominadas por el cerro, desde el que el enemigo les dirigía sus fuegos. El general Jarero ya no intentó ninguna resistencia, y capituló, entregándose con toda la fuerza que mandaba á disposición del enemigo.

Al perderse el Telégrafo, el 6.º de infantería se había replegado á las posiciones de la derecha, donde capituló con los demás cuerpos: el batallón de Granaderos, que había sido traído de la batería del centro al pié del cerro, se dispersó en su mayor parte, á pesar de los esfuerzos que se hicieron para reunirlos.

La brigada del general Arteaga, que había llegado en los momentos del conflicto, contagiada con la desmoralización de las demás fuerzas se hallaba en desorden frente al cuartel general sin haber combatido: el 11.º de infantería, á virtud de distintas órdenes del general en jefe, hacía repetidas marchas y contramarchas por aquel mismo punto: los restos dispersos de los batallones 2.º, 3.º y 4.º ligeros, y 3.º y 4.º de línea, acudían allí también en el desorden consiguiente; y toda aquella masa de hombres, acobardados, sin moral, sin disciplina, se revolían en un corto espacio de camino en la confusión más espantosa.

Un oficial entusiasta peroraba á voz en cuello á las tropas, asegurando que nada se había perdido aún, queriendo reanimar el espíritu muerto de toda aquella turba desgraciada: el general Baneneli, incorporándose en su caballo, lleno de ira, vomitaba mil horribles imprecaciones contra sus soldados, y con una pistola amartillada amenazaba principalmente á uno de sus capitanes: el general en jefe desahogaba su despecho contra los jefes que habían perdido sus posiciones; y la agitación de aquella multitud, la incomodidad del terreno, el peligro y la desesperación, hacían indescriptible aquel desconcierto.

Entre tanto, una columna enemiga mandada por el general Worth, atravesando aquellas barrancas y breñales de nuestra izquierda, que se habían calificado de inaccesibles, se aproximaba á la batería que se había establecido ese mismo día, única que quedaba á nuestras fuerzas. El general en jefe dió orden al general Canalizo para que cargase con la caballería; pero el bosque impedía absolutamente el que se ejecutase esta operación. La columna avanzaba á pesar del fuego de cañón que se le hacía, dirigiéndose á salir al camino, más á la izquierda de nuestra batería para cortarnos la retirada. Sin embargo, cuando se hubo aproximado bastante, se desprendieron más de doscientos tiradores, cuyas descargas hacían desaparecer sucesivamente como de un soplo las dotaciones de nuestras piezas, servidas por los artilleros y por una partida de coraceros, á la que se mandó desmontar para que auxiliase á la batería. El primer ayu-

dante Velasco, jefe de los coraceros, tuvo la gloria de sucumbir al pié de ella. Los tiradores avanzaban de frente sobre ella, entre tanto que la cabeza de la columna se hallaba ya muy cerca del camino; y nuestra caballería, viéndose próxima á ser cortada, se retiró velozmente por el camino de Jalapa. El último esfuerzo lo hicieron entonces Robles y los valientes oficiales de artillería Malagón, Argüelles y Olzinger, quienes envueltos ya por todas partes, hicieron ronzar las piezas hacia la izquierda, dirigiéndolas sobre la cabeza de la columna, momentos antes de que los tiradores, que se precipitaron sobre ellas á la bayoneta, las hiciesen suyas y las volviesen en nuestra contra.

El general Santa-Anna, acompañado de algunos de sus ayudantes, se dirigía por el camino á la izquierda de la batería, cuando saliendo ya del bosque la columna enemiga, le impidió absolutamente el paso con una descarga que le obligó á retroceder. El coche del mismo general, que salía para Jalapa, fué acribillado á balazos, muertas las mulas y hecho presa del enemigo, así como un carro en el que había diez y seis mil pesos, recibidos el día anterior para el socorro de las tropas. Roto ya todo vínculo de mando y de obediencia entre los nuestros, obraba sólo el deseo de salvación, y agitándose en un espantoso remolino, se agolpaban desesperados al estrecho paso del desfiladero que baja al Plan del Río, por donde el general en jefe se había dirigido con los jefes y oficiales que lo acompañaban.

Horrible era el descenso por aquella vereda estrecha y escabrosa, por donde se precipitaban miles de hombres disputándose el paso desesperadamente, y dejando un reguero de sangre sobre su camino. Confundidas las clases todas, perdido el prestigio y el pudor militar, los distintivos se habían convertido en insignias sarcásticas, que sólo graduaban la responsabilidad y la humillación. El enemigo, dueño ya de nuestro campo, asestaba sus tiros sobre los fugitivos, acrecentando más y más el terror de la multitud que se arrojaba por el desfiladero, impulsada á cada instante por una nueva velocidad, y aumentando la confusión y la vergüenza de tan malhadado trance.

¡Cerro Gordo se había perdido....! ¡México quedaba abierto á la iniquidad del invasor....!

III

El general Santa-Anna, ceñudo y silencioso, dejando marchar casi libremente á su caballo, seguido de toda aquella turba ensangrentada, descendió á lo más profundo de la barranca, pasó el río y encumbró á la cima opuesta, donde había muchas probabilidades de encontrar una emboscada del enemigo, que hubiera asesinado impunemente á cuantos subiendo en desorden por un sendero estrecho y escarpado no podían defenderse, ni tenían punto alguno donde refugiarse.

Habiendo llegado á la cumbre de la loma, el general hizo alto y dispuso que los generales Ampudia y Rangel y el coronel Ramiro, reuniesen en aquel punto todos los dispersos, para que ordenados prosiguiesen la retirada de la mejor manera posible. En seguida, tomando hacia la derecha, se dirigió para el Encero por una vereda casi paralela al camino de Cerro Gordo á Jalapa. Lo seguían formando una pequeña comitiva los generales Pérez, Argüelles y Romero, y los jefes y oficiales Schiafino, Escobar, Galindo, Vega, Rosas, Quintana y Arriaga, y los Sres. Trias, Armendáriz, Urquidi y un sobrino del mismo general en jefe.

En el sitio donde había sido la batalla, se escuchaban todavía algunos tiros disparados sobre los infelices indios que no habían logrado salvarse.

Entre tanto, una partida de caballería enemiga con dos piezas ligeras, había salido de allí por el camino de Jalapa en persecución de la caballería nuestra, y casi á

un tiempo iba á llegar con Santa-Anna al Encero. Al descubrirse recíprocamente, los americanos dispararon algunos tiros de cañón, y el general Santa-Anna dejando la vereda que llevaba, tomó hacia la izquierda en una dirección perpendicular á aquella.

Largo tiempo vagó incierto con su comitiva, de uno en otro punto, sin tomar un rumbo determinado, hasta que se fijó en una resolución y siguió las veredas que conducen á la hacienda de Tuzamapan.

Recorriendo multitud de pueblillos y ranchos espárcidos aquí y allá entre las ondulaciones de un terreno descubierto, continuó la marcha, poseídos todos del horror de la desgracia que se acababa de experimentar.

Un tinte melancólico ennegrecía á la vista de los que acompañaban al general Santa-Anna todo cuanto les rodeaba; y la presencia de aquel hombre, el primer jefe de nuestra Nación y de nuestro ejército, que hacía algunas horas que acababan de ver erguido y orgulloso, lleno del poder que ejercía y de las esperanzas de la más espléndida gloria, y ahora humillado y confuso buscaba entre los infelices un abrigo donde refugiarse, era para ellos una imagen viva de la caída de nuestra patria, del envilecimiento de nuestro nombre, del anatema lanzado sobre nuestra raza.

En algunos puntos el general se bajaba á tomar algún descanso, y sentado sobre un banco donde lo colocaban sus asistentes, permanecía inmóvil, sin ser dueño por su mutilación de dar un solo paso. Un caballo que solicitó para relevar el suyo, le fué negado bruscamente por un cura, y todas esas circunstancias tan insignificantes en sí, interesaban vivamente en aquella situación.

Cerca de las cinco de la tarde llegó á la hacienda de Tuzamapan, donde su resolución era permanecer hasta el día siguiente. Poco después de su llegada se presentaron dos ó tres soldados del 11.º, trayendo consigo la caja del cuerpo, en la que había algún dinero, para entregarla á su comandante el Sr. general Pérez; rasgo de honradez que nos parece muy digno de aplauso en unos infelices que iban á quedar abandonados en aquellos lugares en la más espantosa miseria.

A las once de la noche, el administrador de la hacienda notició al general que acababa de recibir el aviso de que una partida de americanos, destacada en su persecución, iba á rodear la casa indudablemente. Bien pronto comenzaron á oírse varios tiros de fusil disparados á muy corta distancia, lo cual confirmaba aquella noticia, y ya entonces fué preciso ponerse en movimiento y disponer la salida de aquel punto.

La noche era tan oscura, que los objetos más próximos no se percibían. Los tiros se oían cada vez más cercanos y más repetidos, y los criados de la hacienda, obrando aturdidamente, hicieron que no estuviese dispuesta la litera preparada para el general. Montó entonces á caballo, y un criado á pie con una vela se colocó delante de él, sirviendo de guía á la comitiva, que desfiló uno tras otro por un camino que parecía hundirse bajo los piés de los caballos. Era una de esas rápidas pendientes de la serranía que media entre Tuzamapan y Orizaba. Después de haber caminado largo tiempo, se hizo alto en las ruinas de un ingenio (trapiche), donde se esperó la venida del día, á cuya hora continuó la marcha.

Habiendo atravesado un río, cuya corriente va á unirse con la del de la Junta, llegaron á la orilla de este último en un punto en que una de las elevadas alturas por entre las cuales corren sus aguas, mansas, azuladas y profundas, se eleva casi perpendicularmente cubierta de hermosísimos bosques de arbustos, formando un enorme borde, á cuyo pie se alzan muchos árboles seculares, que con su espeso ramaje hacen más sombrío aquel lugar de un aspecto verdaderamente majestuoso. Unos pescadores que vivían allí en unas pobres chozas, los pasaron á la margen opuesta en una pequeña balsa, dirigida con

el auxilio de una maroma establecida de una á otra orilla.

Por largos rodeos ascendieron la elevación que se alza en aquella ribera, y llegaron por fin al rancho del Volador, en cuyo punto se detuvieron largo tiempo. Allí, por primera vez, el general Santa Anna rompió el silencio, y en la conversación manifestó la idea de continuar la guerra con obstinación, apelando al único recurso que en su concepto nos quedaba, que era el sistema de guerrillas.

A corta distancia de este rancho, el camino que siguieron corre por en medio de hermosas arboledas; y desde algunos puntos descubiertos se ven, ya hacia un lado, ya hacia el otro, profundísimas hondonadas, cuyo fondo se pierde en la oscuridad que produce la espesura verdinegra de los inmensos bosques que cubren aquel terreno con una eterna primavera.

Pasando con dificultad las pendientes y resbaladizas quebradas de la cima por donde caminaban, en algunas de las cuales el general tenía que abandonar la litera que le habían traído al rancho del Volador, se detuvieron al caer la tarde en una rancharía que se halla á la derecha del camino en medio de aquella serranía.

El día siguiente, atravesando un país semejante al que habían dejado atrás, llegaron cerca de las diez de la mañana frente á Huatusco, pueblo fertilísimo, embellecido también por la hermosura de sus alrededores. Era el primer punto de alguna consideración que encontraban en su camino; y en el estado en que llegaron acompañando al general Santa Anna, contra el que había odios tan vehementes, esperaban un mal recibimiento. Olvidaban verdaderamente cuál era el carácter mexicano.

En la calle de la entrada de la villa estaba formada una valla con los dispersos que se habían recogido allí: el Ayuntamiento, en forma, salió á pié á recibir al general Presidente para conducirlo á la habitación del subprefecto, donde había preparado un almuerzo abundante, y multitud de vecinos aumentaban el grupo desordenado en que se dirigieron todos á aquella casa.

Creemos que aquel tratamiento, tan poco notable en otras circunstancias, importaba entonces un triunfo para el general Santa Anna, quien seguramente vió en él un rayo de esperanza de volver al poder que parecía haberle sido arrancado de las manos en el momento de perderse la batalla. Se presentó desde luego mucho más animado por la continuación de la guerra; y recordando con entusiasmo al general Victoria, cuando en los días de desgracia para los independientes permaneció tanto tiempo oculto en una cueva de aquellas inmediaciones, lamentando la opresión de su patria, hacía notar el mérito de la constancia de aquel héroe, y del ejercicio de esta sola virtud se prometía al fin un feliz éxito para México. En la noche dirigió un extraordinario al gobierno Supremo con un parte muy vago, y seguramente muy injusto, de la batalla de Cerro Gordo, y volvió á presentarse en la escena política de donde al parecer había sido para siempre eliminado.

La mañana siguiente salió con sus compañeros de infortunio de Huatusco, pueblo cuyo recuerdo les será siempre grato por la hospitalidad que encontraron en sus habitantes; y en unión de varios vecinos que salieron á acompañarlos, tomaron el camino de Orizaba.

En el tránsito encontraron un grupo de dispersos, sobre los cuales desahogó el general su ira, diciéndoles mil improperios y dándoles cruelmente con su látigo.

Poco tiempo después se descubrió el hermoso Pico de Orizaba, reverberando como una superficie de plata los rayos del sol que caían oblicuamente sobre su cima de nieve, y en seguida, por la izquierda, el pueblecillo de Coscomatepec, cuyas campanas se oían desde lejos celebrando la llegada del general Santa-Anna, quien fué recibido en la casa del alcalde con la música del lugar y obsequiado con un almuerzo.

Continuó el general su camino, atravesando aún algunos ríos, cuyo lecho se halla en lo más profundo de esas barrancas pintorescas; y pasando también varias mesetas entapizadas de grama, se vió por fin, hacia la izquierda, la ciudad de Orizaba, cuyos edificios blanqueaban entre las verdes arboledas de sus alrededores. Se siguió por la derecha por en medio de un país de un aspecto variado y risueño, hasta entrar en una calle de sembrados que va á terminar á las puertas de Orizaba.

Cerca de la entrada de la ciudad hizo alto el general en espera de la noche; allí lo encontraron los Sres. D. José Joaquín Pesado y D. Manuel Tornel, y los generales León y García Terán, que salieron á recibirlo en carruajes, así como otros muchos individuos que fueron también á caballo, atraídos por la curiosidad. Luego que oscureció, dejando la litera en que venía, montó en un landó de aquellos señores; y en medio de la que ya entonces era numerosa comitiva de á caballo, entró velozmente por la ancha calle principal, y se detuvo en la casa del Sr. Tornel. Al bajarse del coche se agrupó al derredor una multitud de pueblo curioso, á la que algún adulador importuno excitó á que prorrumiese en vivas al *ilustre general Santa-Anna, al héroe de Tampico, al libertador de México*. Muy difícil sería describir la amarga impresión causada por tan reprochables aplausos, que más bien eran sarcasmos en aquella situación.

La oficialidad de la pequeña brigada que mandaba el general León, compuesta de las tropas que habían levantado en el Estado de Oaxaca, se presentó esa noche á cumplimentar al general Santa-Anna, quien desde entonces se ocupó activamente en aumentar en lo posible aquellas fuerzas, y se fijó en permanecer en la ciudad mientras lo permitiesen las circunstancias, á fin de que fuese el punto de reunión de todos los dispersos de Cerro Gordo, los cuales en efecto ocurrieron allí sucesivamente, á excepción de la caballería, á la que se le dió orden de dirigirse á San Andrés Chalchicomula, y de varios generales y oficiales que con escándalo de la Nación se presentaron en México en aquellos días, y no se incorporaron á las filas que habían abandonado sino hasta la venida del ejército á la Capital.

Los que no pertenecían á él, dejaron á Orizaba dos días después de su llegada; y al ascender las elevadas cumbres de Acuzingo, dejando allá abajo aquella costa donde habían presenciado tanto infortunio, les parecía que veían doblarse la hoja más lúgubre de nuestra historia.

Cerro Gordo (Vieja). Hacienda del partido y municipalidad de Salamanca, Estado de Guanajuato, con 40 habitantes.

Cerro Grande. Rancho de la municipalidad y partido de San Luis de la Paz, Estado de Guanajuato, con 272 habitantes.

Cerro Grande. Rancho de la municipalidad de Misión, Distrito de Jacala, Estado de Hidalgo, con 127 habitantes.

Cerro Grande. Rancho de la municipalidad de Tuxcacuesco, noveno cantón (Ciudad Guzmán ó Zapotlán), Estado de Jalisco.

Cerro Grande. Rancho de la municipalidad de San Miguel, 11.º cantón (Teocaltiche), Estado de Jalisco.

Cerro Grande. Rancho del municipio del Armadillo, partido de la Capital, Estado de San Luis Potosí.

Cerro Grande. Rancho del municipio de Mezquitic, partido de la Capital, Estado de San Luis Potosí.

Cerro Grande. Mineral de la jurisdicción de Allende, Estado de Guanajuato. Produce plata.

Cerro Grande. Eminencia á 38 kilómetros N.O. del Presidio del Norte, cantón Oginaga, Estado de Chihuahua.

Cerro Grande. Eminencia á 12 kilómetros al O. de la villa de Salamanca, Estado de Guanajuato.

Cerro Grande. Eminencia en el límite austral del partido del Valle de Santiago, Estado de Guanajuato.

Cerro Grande. Eminencia de la cordillera occidental del Valle de México, al N. de Huisquilucan.

Cerro Grande. Barranca del mineral de Tlaxmalac á Chaucingo, de la municipalidad de Huitzaco, Distrito de Hidalgo, Estado de Guerrero; su mina hoy paralizada es: de plata, Guadalupe.

Cerro Grande. Laguna que se extiende en terrenos del Rancho de Tancama, municipalidad y Distrito de Jalpan, Estado de Querétaro. Es pequeña y apenas cuenta 146 metros de perímetro y 1 de fondo. Se agota durante la sequía.

Cerro Hueco. Hacienda del departamento y municipalidad de Tuxtla Gutiérrez, Estado de Chiapas.

Cerro Largo. Rancho de la municipalidad y partido de San Felipe, Estado de Guanajuato, con 39 habitantes.

Cerro Macho. Mineral de la jurisdicción de Allende, Estado de Guanajuato. Produce estaño.

Cerro Mocho. Cumbre de la Sierra Madre de Tamaulipas. Se levanta al N. de la ciudad de Tula.

Cerro Morado. Del mineral de Tlaxmalac á Chaucingo, de la municipalidad de Teloloapan, Distrito de Aldama, Estado de Guerrero; su mina hoy paralizada, es: de plata, Guadalupe.

Cerro Negro. Mineral de la jurisdicción de León, Estado de Guanajuato. Produce plata.

Cerro Negro. Rancho de la municipalidad de Jalotepec, Distrito de Jalacingo, Estado de Hidalgo, con 31 habitantes.

Cerro pandillo. Rancho de la municipalidad de Jesús María, cantón tercero ó de la Barca, Estado de Jalisco.

Cerro partido. Eminencia del Estado de Tamaulipas, cuarto Distrito. Se halla situado al S.O. de la villa de Ocampo. Es de formación volcánica, y tiene un cráter de 11 metros de diámetro, no habiéndose podido medir su profundidad por hallarse perdido el fondo entre las irregularidades de las paredes y diversas concavidades y precipicios.

Cerro partido y Sochula. Cerros del mineral y municipalidad de Tasco, Distrito de Alarcón, Estado de Guerrero. Sus minas hoy paralizadas, son: de plata, Aguacate, Animas, y el Cobre; y de plomo, Santo Niño ó Providencia, y San José.

Cerro pelón. Rancho de la municipalidad, Distrito y Estado de Colima, con 159 habitantes.

Cerro pelón. Mineral de la jurisdicción de Allende, Estado de Guanajuato. Produce plata y oro.

Cerro pelón. Rancho de la municipalidad y Distrito de Maravatío, Estado de Michoacán, con 15 habitantes.

Cerro pelón. Rancho de la municipalidad de Senguio, Distrito de Maravatío, Estado de Michoacán, con 23 habitantes.

Cerro pelón. Al Occidente de Jiutepec, Distrito de Cuernavaca, Estado de Morelos.

Cerro pelón. Rancho de la municipalidad de Guevea, Distrito de Tehuantepec, Estado de Oaxaca.

Cerro pelón. Cerro al N.E. de San Miguel Chimalapa, en la sierra del Istmo de Tehuantepec, Estado de Oaxaca. Se halla situado á los 16° 44' 53" de latitud N., y 94° 52' 19" de longitud O. de Greenwich.

Cerro pelón. Hacienda de la municipalidad de Horcasitas, Distrito de Ures, Estado de Sonora.

Cerro pelón. Mineral de la jurisdicción de Ozulama, Estado de Veracruz. Produce cinabrio.

Cerro pelón. Mineral de la jurisdicción de Tuxpan, Estado de Veracruz. Produce plata con ley de oro.

Cerro piedrecilla. Rancho de la municipalidad de Chila, Distrito de Acatlán, Estado de Puebla.

Cerro pinto. Mineral de plata y oro, al N. de Pueblo Nuevo y Palmar, en la Sierra Madre, Distrito de Mazatlán, Estado de Sinaloa.

Cerro pinto Bixsal. Rancho de la municipalidad de Ixtapa, departamento de Chiapa, Estado de Chiapas.

Cerro plateado. Véase Cerro de la Cruz, Estado de San Luis Potosí.

Cerro prieto. Pueblo cabecera de municipalidad del cantón Abasolo (Cosihuiriacic), Estado de Chihuahua, á 25 kilómetros al O. de la cabecera.

Cerro prieto. Congregación del municipio de la Soledad, partido de la Capital, Estado de San Luis Potosí, de la cual dista 20 kilómetros al N.

Cerro prieto. Hacienda de la municipalidad de Linares, Estado de Nuevo León, con 321 habitantes.

Cerro prieto. Hacienda de la municipalidad y Distrito de Cadereyta, Estado de Querétaro, con 196 habitantes.

Cerro prieto. Hacienda del municipio de Mezquitic, partido de la Capital, Estado de San Luis Potosí.

Cerro prieto. Rancho del departamento y municipalidad de Tonalá, Estado de Chiapas.

Cerro prieto. Rancho de la municipalidad y partido de Mapimí, Estado de Durango.

Cerro prieto. Rancho de la municipalidad de Guanaxeví, partido de Papasquiario, Estado de Durango.

Cerro prieto. Rancho del partido y municipalidad de San Juan de Guadalupe, Estado de Durango.

Cerro prieto. Rancho de la municipalidad de Coronero, partido de Jerécuaro, Estado de Guanajuato, con 755 habitantes.

Cerro prieto. Rancho del partido y municipalidad de San Felipe, Estado de Guanajuato, con 77 habitantes.

Cerro prieto. Hacienda del partido y municipalidad de San Luis de la Paz, Estado de Guanajuato, con 60 habitantes.

Cerro prieto. Rancho del partido y municipalidad del Valle de Santiago, Estado de Guanajuato, con 303 habitantes.

Cerro prieto. Rancho de la municipalidad de Xichú, partido de Victoria, Estado de Guanajuato, con 140 habitantes.

Cerro prieto. Rancho de la municipalidad de Teocuitatlán, cuarto cantón (Sayula), Estado de Jalisco.

Cerro prieto. Rancho de la municipalidad de Misión, Distrito de Jacala, Estado de Hidalgo, con 302 habitantes.

Cerro prieto. Ranchería de la municipalidad y Distrito de Jilotepec, Estado de México, con 145 habitantes.

Cerro prieto. Rancho de la municipalidad de Aguililla, Distrito de Apatzingán, Estado de Michoacán, con 20 habitantes.

Cerro prieto. Rancho de la municipalidad de Conotepec, Distrito de Maravatío, Estado de Michoacán, con 225 habitantes.

Cerro prieto. Rancho de la municipalidad de Tlalpujahua, Distrito de Maravatío, Estado de Michoacán, con 16 habitantes.

Cerro prieto. Rancho de la municipalidad de Carácuaro, Distrito de Tacámbaro, Estado de Michoacán, con 9 habitantes.

Cerro prieto. Rancho del Distrito y municipalidad de Zinapécuaro, Estado de Michoacán, con 72 habitantes.

Cerro prieto. Rancho del municipio y partido de Santa María del Río, Estado de San Luis Potosí.

Cerro prieto. Rancho de la municipalidad de Santa Rita, partido de Pinos, Estado de Zacatecas.

Cerro prieto. Una de las principales eminencias de la sierra de Guanajuato, al O. de Dolores Hidalgo, y al N.E. de la Capital del Estado.

Cerro prieto. Pico Este, 16° 39' 41" latitud N., y 95° 5' 17" longitud O. de Greenwich, Istmo de Tehuantepec. El pico oriental se eleva sobre el mar, 460 metros.

Cerro prieto. Eminencia que se alza á 2,589 metros sobre el nivel del mar, al S.O. del pueblo de Huimilpan, Distrito de Amealco, Estado de Querétaro.

Cerro prieto. Eminencia al N. de Jerez, Estado de Zacatecas.